

oficioso acompañóla.

Y antes de ausentarse Albar
la vista en el muerto fija,
y en su diestra una sortija
descubre: sin vacilar

Se la arranca: en ella ve
la que regaló á su esposa
cuando tierna y cariñosa
le juraba amor y fe.

La guarda: limpia el acero
en el mantel de la mesa;
y, pues huir le interesa,
cauto se cala el sombrero

Hasta las cejas: se emboza;
y á tiempo que se retira
ve entrar á un hombre, y la ira
en el pecho le retoza.

Era el hombre el fiel criado
que á la dama acompañó.
Ciego Albar Ruiz le mató,
y salió desesperado.

Medio minuto despues
bajaba por la escalera
gritando:—“¡Suerte severa!
¡Sino fatal! . . . ¡Y van tres!

En hora aciaga tornara
á la alcoba el buen sirviente,
á quien inmoló inclemente
porque no le delatará.

Y quizá porque dormían,
á los ebrios no mató,
ó bien porque no les vió,
que tras de un biombo yacían.

Cuando la razon cobraron,
y á los cadáveres vieron,
con pavor del cuarto huyeron,
y á nadie el trance contaron.

Que más que el consejo sabio

dictado por la esperiencia,
sofocando la conciencia,
siempre el miedo sella el labio.

IV.

REMORDIMIENTOS.

Roto de la noche el manto,
torna con su luz el sol
á dar á las flores vida,
brillo á las fuentes, vigor
á las plantas, y hermosura
á los Cielos y esplendor.

De la tórtola el arrullo,
la agradable confusion
que con gorjeos distintos
forman las aves, á amor
dulces himnos tributando,
pues de amor hechura son;
la pintada mariposa
que vaga de flor en flor;
de las cristalinas fuentes
el acompasado son;
el triscar de las ovejas;
los cantos del labrador;
el perfume de las rosas;
de los campos el verdor,
todo respira alegría,
todo májica ilusion,
todo abundancia y hartura,
todo amistad, todo amor.

Solo un hombre, recostádo
de su alcoba en un sillón,
amargamente lamenta
de su fortuna el rigor.
Ya para él no hay placeres;
ya como el humo pasó
la dicha que en otro tiempo
nutria su corazón:

ya para hablar de venturas
poder no tiene su voz;
y solo ve de la muerte
el aspecto aterrador,
que por do quiera que va
persíguele en su afliccion. . . .

Solo crímenes contempla;
y, huyendo la luz del sol,
en la oscuridad reniega
de su deshonra y baldon. . . .

Y ora con acento triste,
ora con delirio atroz,
así su crimen publica,
ensancha así su dolor.—

„¡Oh memoria crüel! ¡Yo su asesino!

¡Yo herir el pecho noble y jeneroso
de quien nació para mejor destino!
Te corté de raíz, árbol frondoso,
cuya flor anunciaba el peregrino
fruto que hubiera sido tan sabroso. . . .

Deshice de una vez toda mi hechura,
¿y sobrevivo á tanta desventura?

¡Oh faz encantadora! ¡oh talle enhiesto!

¡oh voz anjelical! ¡oh jentileza!

¡oh mirar seductor al par que honesto!

¡oh virtud! ¡oh dechado de pureza!

¡oh talento precoz! ¡oh manifiesto
conjunto de valor y de nobleza!

Y tanta perfeccion, tanto heroismo

¡en polvo inmundo convertí yo mismo!

¡Oh mujer! . . . ¡Ah traidora! . . . ¡Oh viperina

lengua, que mal tan grave me has causado!

Si á tanta infamia Lucifer te inclina,

¿por qué en lugar de haberme. . . ¡ay Dios! forzado

á labrar de mi amor la eterna ruina,

no me diste la muerte, que le he dado,

con agudo puñal ó con veneno,

del martirio librándome en que peno?

¿Sabes que me privaste del contento

de que mi alma al mirarle disfrutaba?

¿Sabes que derribaste el gran cimientto

en que toda mi gloria yo cifraba?

¿Ignoras que el atroz remordimiento

á la paz sucedió que ántes gozaba;

y que, sumida ahora en la agonía,

tranquilidad no goza el alma mia?

Todas mis esperanzas como el humo
desvanecido se han; y en torno veo

sangre y mas sangre; y de dolor me abrumo

cuando ilusorio sale mi deseo:

pues cuando hallar felicidad presumo

juzgando que le abrazo; cuando creo

que le escucho, despierto, y mi delirio

cede al rigor de mi fatal martirio.

Cada hoja que se mueve; cada acento

que llega á mis oídos, me parece

que emana de su voz, y mi tormento,

si en mi ilusion se calma, mas acrece

mi ansiedad, y el atroz remordimiento

que me embarga el sentido; y se ennegrece

la atmósfera á mi vista; y fascinado

caigo, sin luz, sin fuerza, aletargado.

Fresca la noble sangre todavía

la tierra empapa del lugar en donde

lanzó el postrer suspiro de agonía. . . .

¡Oh atrocidad! ¡Y el agresor se esconde,

y, ocultando su negra felonía,

á la voz de las leyes no responde? . . .

¿Me llaman? . . . ¡Ay de mí! . . . Pues no me eximen

de hablar, público haré mi horrendo crimen.

Que el infeliz allá desde su tumba—

„¡venganza!”—en son terrible está clamando,

y sin cesar en mis oídos zumba—

“¡venganza!”—y por el ámbito vagando—

„¡venganza!”—el eco con pavor retumba,

mi corazon enfermo atormentando. . . .

¡Sí! Venganza tendrás. . . Ya mi destino
cumplido está. . . ¡Yo soy el asesino!

V.

VENGANZA Y CASTIGO.

—¿Qué buscas aquí, mujer?
—Te oí gritar, Albar mio;
vine, y te encontré mas frío
que un cadáver.

—Puede ser.

—Desmayado.

—No es extraño,
ni eso es nuevo en mí ya,
que de dos año acá
he sufrido mucho daño.

Siéntate.

—Estás impaciente. . . .

—Tal vez. Puesto que hoy nos vemos,
oye, que ajustar tenemos
una cuenta, que pendiente

Está entre los dos.

—Ahora

no estoy para cuentos yo.

—¿Conque eso es decir que no
quereis oirme, señora?

Pues me oireis, que yo lo mando,
y en vano no sé mandar.

—No, no te puedo escuchar
porque me están esperando. . . .

—No te muevas, doña Juana,
ni me levantes el grito,
porque si al cabo me irrito
te arrojo por la ventana.

Obedéceme, y responde:
esa conducta ominosa
que observas siendo mi esposa,
á tu estado corresponde?

¿Dónde andas que en todo el día
logro verte?

—¿Qué te importa?

Pues que la vida es tan corta
quiero darme á la alegría.

Quiero divertirme: quiero
gozar del mundo.

—¿Y tu honor?

—No hay honor donde hay amor,
y. . . mi gusto es lo primero.

—¡Perjural. . . ¡No me juraste
eterna fidelidad?

—Juréte solo amistad
cuando al ara me arrastraste;

Que si me casé contigo
no fué por cariño: fué
por conveniencia; y juré
quererte como á un. . . amigo.

Pero tus zelos: el trato
infernál que hasta hoy me diste
me han hecho, por no estar triste,
atropellar mi recato.

He tenido cien amantes,
y los tengo todavía. . .

—¡Calla, endemoniada arpía. . .

—Si no quieres no me aguantes.

Amarnos ya es desatino.

Un divorcio, y santas pascuas!

—¡Cállate que estoy en ascuas!

¡Calla, infiel, ó te asesino!

Me has hecho infeliz.

—Lo sé;

y tú á mí muy desdichada. . .

—Yo por tí, mujer odiada,

¡por tu causa le maté!. . .

Mas dime: ¿dónde dejaste. . .

¿á quién diste esta sortija?

—Razon será que colija
que anoche me la quitaste.

Pero dejemos á un lado
estas cosas, que consuelo
has menester en tu duelo,
pues sin culpa le has matado.

—¡A cuál de ellos? . . . ¡Dimeló! . . .

—¡A cuál?

—¡Sí, que fueron tres! . . .

—¡Tres!

—¡A cuál?

—¡Y cierto es! . . .

—Sí. . . ¡Fortun Gil?

—¡El murió!

—Anoche.

—¡Infame! En mi mano
su venganza está; mas quiero
desgarrar ¡monstruo! primero
tu corazón inhumano.

No tiemblo, no: miramé.
Vengado será, lo juro,
que al justicia de seguro
tu crimen revelaré.

Tú, hombre vil, traidoramente
al infortunado heriste:
no en lucha igual le venciste. . .

—Lidiando. . .

—Y murió inocente.

Él de apoyo te servía.

—¡Ah! . . . ¡quién es! . . . ¡Su nombre! . . . ¡Acaba! . . .

—El que padre te llamaba,
y tanto amor te tenía.

—¡Y le dí madrastra en tí!
No; . . . una sierpe venenosa. . .
Morirás, mujer odiosa,
ya que por tí le perdí.

Mas responde: ¡qué traidor
te previno contra él?
¡Qué causa, mujer cruel,
te infundió tanto rigor?

Me juraste que te amaba,

y que quiso seducirte. . .

—Si eso me plugo decirte
mentí, pues me respetaba.

—Pues ¡qué motivo! . . .

—Dirélo.

Por librarme de un testigo
que me celaba enemigo
burlándose de mi anhelo.

Por librarme de una vez
de un pertinaz centinela,
que siempre vivía en vela
para humillar mi altivez.

Porque la espada sacó
contra un mi amante una tarde,
y á saltar como cobarde
por el balcon le obligó.

Porque á otro de una estocada
(que era á quien yo mas queria)
le mató en aciago día,
dejándome consternada

Por. . .

—¡No mas, mujer infiel! . . .

Muere.

—¡Ay Jesus! . . . ¡Ay! . . .

—Mi suerte

era ¡qué horror! darte muerte.

Anda á juntarte con él.

Albar cayó desmayado.

De su consorte al lamento
luego acudió al aposento,
donde espiraba, un criado.—

“¡Válame el Cielo!”—esclamó;
y cerrando antes la puerta,
que halló al entrar medio abierta,
á la calle se lanzó.

Y, por no andarse en rodeos,
á la justicia dió aviso.

Pronto el cuarto de improviso
se llenó de fariseos;

O de esos guarda-ambulantes
que se nombran alguaciles,
corchetes, ó ministriles,
que, por no dar, piden antes.

Sin embargo, á la cabeza
iba el juez, con gran decoro
vestido, y por cada poro
respirando alta nobleza.

Vuelto ya Albar en su acuerdo
al punto fué interrogado
por el juez. Con desenfado
respondió, que no era lerdo.

Y mientras le respondia,
el escribano anotaba.
Impaciente Albar estaba,
y el juez tranquilo le oía.—

JUEZ. ¿Quién ha sido el criminal
que á esta mujer muerte dió?

ALBAR. Yo.

JUEZ. ¿Vos?

ALBAR. He dicho que yo.

JUEZ. ¿Con qué?

ALBAR. Con ese puñal.

JUEZ. ¿Cómo?

ALBAR. ¿No lo veis?

JUEZ. ¿Por qué?

ALBAR. Porque me ofendió vilmente.

JUEZ. ¿Sois de la muerta pariente?

ALBAR. Era más.

JUEZ. ¿Cómo?

ALBAR. Sí, á fé.

Era su esposo.

JUEZ. ¿Su esposo!

ALBAR. ¿No basta que yo lo diga?

JUEZ. ¿En qué os ofendió?

ALBAR. Enemiga

turbó mi dicha y reposo. . . .

Fuéme infiel.

JUEZ. ¿Cómo os llamais?

ALBAR. Don Albar Pero Ruiz,
que soy noble, aunque infeliz,
y más de lo que juzgais.

JUEZ. ¿El nombre de vuestra esposa?

ALBAR. Doña Juana de Monzon,
tambien de ilustre estraccion,
aunque liviana y viciosa.

JUEZ. ¿Hijos?

ALBAR. ¡Ninguno!

JUEZ. ¿Parientes?

ALBAR. Tampoco: todos han muerto.

JUEZ. ¿Bienes?

ALBAR. No lo sé de cierto.
Fuí rico. . . Mas imprudentes
Parécenme, seor juez,
esas preguntas.

JUEZ. Creía
que no dudábais que hacia
solo mi deber.

ALBAR. Tal vez.

JUEZ. Amarradle.

ALBAR. No; esperad,
que otro crimen más atroz
os va á revelar mi voz.

JUEZ. ¿Aun más atroz?

ALBAR. Escuchad.—

(Huye ya, sombra querida,
pues venganza te ofrecí.
Huye: ten piedad de mí,
que mirarte me intimida.)

JUEZ. ¿No hablais?

ALBAR. Yo soy quien libró
al conde Ximen Aznar.
¡Ay! Soy un monstruo sin par
que á su hijo asesinó.

¡Mi hijo! . . . Soy un malvado. . . .

Mi mujer la culpa tuvo. . . .
 ¡Y mi amor no me contuvo?
 ¡Y tu padre, hijo adorado,
 Te pudo sobrevivir?
 ¡Hijo del alma! . . . ¡Perdon!
 ¡Ay triste! No hay salvacion. . . .—
 Llevadme al punto á morir.

A la mañana siguiente
 una grande hoguera ardia,
 y en pavesas convertia,
 el cuerpo de un delincuente.

Era Albar, que sentenciado
 de su crimen en castigo
 fué, siendo el pueblo testigo,
 á ser en vida quemado.

Así sus culpas pagó;
 y en el lugar de la hoguera,
 porque de ejemplo sirviera,
 de piedra una cruz se alzó.

Al pié de ella en una losa
 se leía:—“¡ATROZ DESTINO!!!
 QUEMÓSE AQUÍ AL ASESINO
 DE SU HIJO Y DE SU ESPOSA.”

Despues algunos curiosos
 á su modo comentaron
 el suceso; y disputaron
 acerca de los zelosos.

Y, citando autoridades,
 protestaron por los Cielos,
 que la pasion de los zelos,
 sin respetar calidades,

A mil crímenes arrastra.
 Y por tradicion quedó
 que á su hijo Albar mató
 por culpa de la madrastra.

ACLARACION.

Si te horroriza, lector,
 la historieta que he contado,
 nada hacer puedes mejor
 que quemarla, y castigado
 dejarás al narrador.

Mas no pongas en olvido
 que crímenes aun mayores,
 con solaz de los traidores,
 sin causa se han cometido
 por reyes y emperadores.

Ni que si impunes quedaron
 sin ley, justicia y razon;
 los que en mi cuento pecaron
 castigo á su culpa hallaron,
 y Albar castigo y baldon.

Ni que si al hijo, y sirviente
 ciego asesinó inclemente,
 fué quizá porque su sino
 que perecieran previno
 á manos de un delincuente:

Como por razon inversa
 ó caprichos de fortuna,
 para los tristes adversa,
 los ebrios, sin duda alguna,
 corrieron suerte diversa.

Ni que en el mundo se han visto,
 se ven hoy y se verán
 de esos crímenes, que harán
 memorables, vive Cristo,
 los descendientes de Adan.

Ni que, en fin, al escritor
 narrar toca. . . lo que sabe,
 y creerle ó no al lector;
 y aun decirle en tono grave:
 “otra vez hazlo mejor.”

